

# Cuba: pequeños poderes y racismo

Gloria Llopis Prendes  
 Psicólogo-pedagoga  
 Coordinadora del proyecto *Límite Humano*  
 La Habana, Cuba

En un trabajo que se apunta dentro de la excelencia analítica del debate racial: *Racismo y Sociedad –Nuevas bases epistemológicas para entender el racismo*, el militante antirracista y politólogo cubano Carlos Moore abre una nueva perspectiva para afrontar ese racismo, que ya aburre en Cuba y en cualquier parte del mundo donde persista.

El libro no cuenta todavía con traducción al español, pero he podido arreglármelas para aprehender sus ideas esenciales. Hay una que merece atención y capitalización definitiva entre los pensadores antirracistas. Dice Moore que «las ideologías racistas son creaciones del propio racismo, en tanto estructuras intelectuales normativas que actúan transversalmente en las instancias políticas, económicas y culturales».

De este concepto retengo dos términos: transversalidad y normatividad. Significa el primero que el racismo lo atraviesa todo y está y puede estar en todas partes; lo que lleva a que perdure en la historia dentro de su propia especificidad. Significa el segundo que el racismo establece pautas que se manifiestan en todas las instancias posibles y en todas las acciones conscientes o inconscientes de las personas. Esto explica algo que hace tiempo viene martillando mi sensibilidad moral y analítica en lo que toca al

racismo en Cuba: su manifestación a través del micro poder o de los pequeños poderes.

En Cuba es muy común escuchar la frase «el que tiene un amigo tiene un central» o aquel otro concepto popular de *sociolismo* para expresar la relación de favoritismos entre amigos o clientes en posición de poder. Ello tiene su origen en los pequeños poderes que el régimen ha establecido y afectan fundamentalmente a los más pobres y a los negros, tanto por su condición racial como por su status socio-económico.

Esos pequeños poderes, cada uno en su pequeño o mediano círculo, preestablecen ciertas reglas a las que el pueblo cubano ha tenido que resignarse. Una misma persona puede estar realizando determinadas gestiones, propias de nuestro modo de vida, y en un lugar salir satisfecha, pues casualmente encontró un socio o socia, pero en otro quedar insatisfecha por todo lo contrario. Esto establece grados de compromisos entre las personas, pues el que resolvió el servicio está obligado a corresponder de la misma forma. En todo este asunto la catástrofe sobreviene sobre aquel que está realizando las mismas gestiones, pero no es socio ni socia. En otro ámbito está el trabajador, sin ninguna jerarquía, que ha sido relegado o

humillado por cualquier otro cubano en cualquier lugar a donde haya tenido que acudir.

Hay un montón de ejemplos de cubanos que, aprovechándose del puesto que ocupan, abusan, agraden, minimizan y hasta desprecian a otro. Un concepto más cercano de pequeños poderes sería: el poder que tiene un cubano, desde el más ínfimo puesto concebido como reino propio, para el ejercicio pleno de su voluntad, el tráfico de influencias, el empleo del castigo y la recompensa y el despliegue del prejuicio.

Desde la justicia a la burocracia y desde la bodega a la oferta de servicios privados, los pequeños poderes otorgan, privan, castigan y recompensan según un orden normativo y transversal que dispensa posibilidades o deja en la cuneta a quienes no tienen a mano las opciones de reciprocidad o no pertenecen a la raza apropiada.

Así salen dañados los negros también desde abajo. En el contexto cultural cubano el uso de los pequeños poderes puede resultar muy letal desde el punto de vista de la raza o pertenencia étnica. El tipo de relación social entre cubanos, según la matriz latina que no privilegia la ética social y el recurso a la ley y el derecho, tiene su fundamento en la reciprocidad, no en el compromiso. La reciprocidad dice que se da porque también se puede recibir, lo cual se traduce en que yo doy solo a quien yo sé que también puede dar. Esta reciprocidad social, basada en los dones, el poder o la riqueza favorece solo a quienes están ya en posiciones de poder distribuir algo: servicios, lugar, riqueza o privilegios. Los negros y los que nada tienen son los grandes perdedores en este tipo de relación de reciprocidad, que se burla del compromiso, que se supone existe, de servir desde cualquier posición.

Sería bastante fácil entonces hacer la sociología del micro poder al observar el color del poder en Cuba, de arriba hacia abajo, y las posiciones que cada quien ocupa en una so-

ciudad de poca movilidad socio-económica. Los que poseen los automóviles para desplazarse en un país con graves carencias de transporte; los que trabajan en los centros comerciales o en las tiendas a las que tenemos que acudir para resolver ilegalmente, o en las oficinas de tramitación en un país burocratizado y de mucho peloteo (el ir y venir sin solucionar nada) y los que están en posibilidad de ejercer el trabajo por cuenta propia son en su inmensa mayoría blancos, que otorgarán sus poderes según su nivel de prejuicio o sentido comercial.

Sobran ejemplos de paladares que evitan a los negros, aunque tengan dinero para hacer uso del servicio. O de taxistas que no montan negros a ninguna hora del día y médicos que no dan servicios de excelencia a gente que no puede remunerarles económicamente. O de estetas que no admiten la entrada a quienes no cumplen determinados patrones de belleza y presencia. Y aquí se da el caso de negros que discriminan a negros pobres sin reparar en que ellos también son discriminados, aunque tengan dinero o influencia.

La sociología del poder está bien intrincada en Cuba, también desde abajo. Usted puede montar en un ómnibus y observar que el chofer ejerce su pequeño poder humillando a los ciudadanos, en una escala menor del uso de la venganza, por una humillación sufrida un poco más arriba en la estructura de los micro poderes.

¿Cuánta racialidad está atrapada en este juego brutal de los pequeños poderes y sobre todo en las grandes ciudades?

Un enfoque del debate racial debe tomar en cuenta seriamente este asunto, que tiene una altísima connotación política, porque imbrica el ejercicio del poder cotidiano con las cuestiones de raza y pobreza, y tiene un costo psicológico nada desdeñable en la medida en que conforma la autoestima de negros y negras, así como su percepción ética y estética en la sociedad.

Atacar el uso discrecional del micro poder es un modo esencial de luchar contra el racismo desde abajo.